

ZOCOS, 7

PEKÍN. LOCURA EN CHINA

Título original: *Pekín*. Albert Londres. Magellan et cia, 2002.
Extracto de *La Chine en folie*, Albin Michel, Paris, 1922.

© Del texto: Albert Londres

© Fotografías interiores excepto las de los personajes:
Heinz von Perckhammer

© Traducción de José Jesús Fornieles Alférez

© Confluencias, 2016

www.editorialconfluencias.com

Corrección ortotipográfica: María del Mar Domínguez Álvarez

Maquetación y diseño: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en PODIPRINT, Antequera (España)

ISBN: 978-84-945686-1-9

Depósito Legal: AL 1008-2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

ALBERT LONDRES

PEKÍN

Locura en China

Introducción de
Émile Capella

Traducción de
José Jesús Fornieles Alférez



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

Introducción	7
I. Una jornada bastante curiosa en Pekín	15
II. Donde hacen falta ocho gestiones para verlo claro	25
III. El señor Pou	37
IV. El festín, o elogio de la anarquía	43
V. Tres <i>marsopas</i>	55
VI. Dos ilustres chinos en pantuflas	79
VII. ¿Por qué el señor Pou rechaza tajante acompañarme a Shangháí?	95
VIII. Una fiesta que termina bien	105

IX.	Un pequeño ¡sálvese quien pueda!	113
X.	Una conversación inesperada	115
XI.	El gran ¡sálvese quien pueda!	127
XII.	Dos corresponsales de guerra	139

INTRODUCCIÓN

A comienzos del siglo xx, cuando la prensa constituía el único medio de información de las masas, aparece una mezcla de escritor y aventurero que proporciona al público opiniones variadas, sensaciones fuertes e información seria: el reportero. Entre ellos destaca Albert Londres (1884-1932), emblemático *globe-trotter* que apasionará a los lectores entre 1914 y 1932 con sus reportajes desde las cuatro esquinas del mundo. Pero no sólo recorrió Indochina, Palestina, los Balcanes y China, también denunció los abusos de la colonización en África, investigó la penitenciaría de Cayena y la trata de blancas en Argentina, además de dejar escritas obras que son modelos en su género. Referencia absoluta del periodismo francés, tras

su muerte se creó un premio que se concede a los más grandes periodistas franceses.

Según la hermosa expresión de Francis Lacassin, gran especialista en Albert Londres, este insaciable viajero «es un observador comprometido, un poeta y un desfacedor de entuertos». Convertido en reportero a los treinta años, el antiguo poeta no se refugió jamás detrás de un solo objetivo. Londres se toma libertades con las reglas del oficio tal como se conoce hoy día: escribe en primera persona, cuenta lo que siente y, apasionado del teatro, recurre constantemente a diálogos ingeniosamente dispuestos. Sus reportajes son magistrales desde el punto de vista de la técnica narrativa y el estilo, más que narraciones literarias. Esto ocurre sin duda porque están muy cerca de la verdad.

La Chine en folie, que salió a la luz en 1925, recoge reportajes publicados en *L'Excelsior* en 1922. Albert Londres pinta un caos inverosímil que no cansa jamás. Apenas interpreta lo que ve y se contenta con hacer surgir sensaciones mediante una puesta en escena que juega con los efectos de la sorpresa, los contrastes y las paradojas.

Ante el cúmulo de situaciones adopta un tono próximo al de Hugo Pratt, el creador de Corto Maltés. En un Imperio chino entregado a los soldados, a los piratas y a los traficantes, el reportero desarrolla un humor desenvuelto: el comentario ágil, la réplica divertida, todo aparenta ser una hermosa comedia interpretada por los señores de la guerra. El retrato de este personaje, por ejemplo, es de una ligereza expresiva: «Gaute es un cabo sueco convertido en general chino. Llegó desde su Escandinavia natal al Imperio Medio hace años, como vendedor de cerdas finísimas para cepillos. Había pensado que una mercancía tan delicada sería demandada por los mandarines para unos usos que él mismo no sabía muy bien cuáles podían ser. No teniendo fortuna, se hizo general. Después, ya vería».

Cuando sus colegas de Pekín lo invitan a cenar, Albert Londres pronuncia, a su pesar, un elogio de la anarquía. A los «infortunios» que evoca todos aplauden y le demuestran que no disminuyen la prosperidad del pueblo chino. Cuando más tarde preguntó al director de un diario sobre el estado del Gobierno, éste le respondió: «¡China es Charlot! Es el Charlie

Chaplin del vasto escenario político. ¡Riamos, viejo compatriota! ¡Rusia es el drama; China es la farsa!». Nada parece serio. ¿Pero se trata, en efecto, de una comedia?

Albert Londres contempla los acontecimientos del lado del pueblo y describe la historia tal como se vive cotidianamente. Así, para el pueblo, la amenaza que pesa sobre Pekín se revela trágica. El contraste entre los chinos y los occidentales aparece claramente cuando los europeos organizan una fiesta mientras las tropas rivales marchan sobre Pekín. La suerte del combate decidirá la suerte de la capital, pero los europeos, protegidos en sus embajadas, nada temen y celebran un baile con vestidos de etiqueta mientras el terror se apodera de los desgraciados chinos, pronto víctimas de pillajes y asesinatos.

Y es que en el Pekín de 1922 todo es posible. Albert Londres opta por la comedia, maravilla al lector con su ánimo y su ilimitada confianza en el ser humano, como demuestra en el medio del campo de batalla. Todavía no hay nada trágico, a menos que quiera que un destino funesto se abata sobre la ciudad...

Lo cómico y lo trágico se alternan en este relato, copia fiel de la tradición del «ojo redondo» (*l'oeil rond*). Puesto de moda por Montaigne en sus *Ensayos*, «el ojo redondo» es la mirada falsamente inocente de un viajero filósofo. Destinado a desordenar las ideas recibidas y nuestros hábitos, fingiendo ignorarlos, se exponen evidencias sorprendentes. Los reportajes de Albert Londres sobre China participan de este procedimiento tan divertido como saludable para el espíritu. Así, en algunas páginas consagradas a un viaje en tren desde Pekín hasta Shanghái utiliza un humor feroz para denunciar el capitalismo abusivo de la ciudad.

Lejos del tono melodramático que predomina hoy en el reportaje de guerra, esta voz adelantada renueva sin cesar nuestra mirada sobre el mundo.

ÉMILE CAPELLA